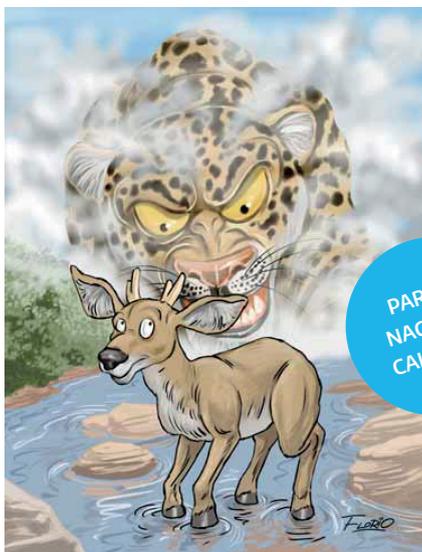


El extravío de la taruca

Oche Califa



PARQUE
NACIONAL
CALILEGUA

Plan nacional
de lecturas



Ministerio de Educación
Argentina

Argentina unida

PLAN NACIONAL DE LECTURAS

Coordinación: Natalia Porta López

Revisión y rediseño: Teresita Valdettarro y Elizabeth Sánchez

Ministerio de Educación de la Nación

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 953 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, noviembre de 2020

“El extravió de la taruca”, de Oche Califa

Ilustraciones: Diego Florio



Texto publicado por
Campaña Nacional de Lectura
en el marco de la colección
“Parques Nacionales: leelos,
cuidalos, disfrutalos”, 2007

Parque Nacional Calilegua

El extravío de la taruca

Oche Califa

Disimulada entre los pastizales, la pequeña taruca carga su cuerpo con el calor del sol, respira hondo y se echa a caminar. La tarde promete ser larga, el aire está suave y no se huele ningún peligro. No pretende hacer una travesura al alejarse de su madre: sólo ocurre que da un paso, otro, otro...

En un momento levanta la cabeza, mira y piensa: “¡Qué grande es Calilegua!” ¿Por qué nunca lo ha pensado, si es





una inmensidad que siempre tiene a la vista? Y entonces, sí, le dan ganas de andar otro poco más. De todos modos, supone, su grupo -unas diez tarucas- no debe de andar lejos y, de ser necesario, con un trote seguro puede reagruparse en un ratito.

Para quienes no lo sepan, Calilegua es una serranía boscosa, enmarañada y muy lluviosa -la llaman yunga-, con algunos claros de pastos altos. Por sus laderas caen ríos y arroyos que esperan con ansiedad muchas plantas, como el jacarandá. Decir qué más tiene no es posible ahora, porque nos distraeríamos y extraviaríamos, como la pequeña taruca.

Sí, porque nuestra amiga ya se ha perdido; es decir, se ha separado demasiado de su grupo, aunque ella todavía no lo sabe. No porque, justamente, las flores que un jacarandá ha dejado caer bajo su copa -y que son azul violáceas- le han interesado tanto que no piensa en otra cosa. La pequeña taruca se acerca, las huele, se da cuenta de que no podrá comerlas (eso no le importa) y advierte que la sombra del árbol la invita a quedarse un poco allí mismo.

Entonces vuelve a mirar Calilegua. Es su lugar; podríamos decir que Calilegua es "su país". ¿De dónde es, usted, pequeña taruca? "Yo soy de Calilegua, mi país", podría contestar.

Sin embargo, ella no conoce demasiado su Calilegua. No. Su grupo anda entre los pastizales, sube las primeras

cuestas, pero... ¿Y esas cumbres nevadas que se ven allí a lo lejos? Jamás ha estado allí. Tampoco en los paredones de pura roca que sobrevuelan las águilas pomas. Mucho menos en el camino que, más abajo, han abierto los guaraníes y los kollas (antiguos habitantes de la región y que la conocen como nadie), porque eso sería más peligroso aún.

Y hablando de peligros -y para no olvidarnos de que la pequeña taruca se ha alejado demasiado de su grupo-, recordemos que en Calilegua también viven los yagaretés -grandes felinos carnívoros. También en este momento la pequeña taruca los recuerda y un temblor recorre su cuerpo y mueve su pelaje como la suave onda de un arroyo.

Pero la tarde es confianzuda. Tan clara, con el aire tan fresco... ¿Por qué debería contener un peligro? No hay nada que temer, hasta que el olfato no indique lo contrario.

Sin embargo -suele ocurrir, ah, qué cosa-, un manto de





niebla llega en oleadas repentinas y cubre el lugar. No es lluvia, no. Son las nubes que han bajado hasta las yungas a mojarlas un poco.

El aire, entonces, se cierra. De un momento a otro, no se puede ver ni a un paso de distancia. Todo se vuelve como si fuera un sueño, un sueño de esos que luego no se recuerdan bien, pero que a la vez resultan difíciles de olvidar. Y el olfato ya no ayuda tanto a la pequeña taruca porque las gotitas de las nubes no dejan correr los perfumes y los olores así nomás.

El estremecimiento, el miedo, el temblor que corre sin permiso por el cuerpo ganan de vuelta a la pequeña taruca. Ahora sí se ha dado cuenta de que se alejó demasiado de su madre y de su grupo, que no sabe bien dónde está, que la niebla puede no irse durante el resto de la tarde y que puede llegar la noche y encontrarse sola.

¿Y los yagaretés? Ah, los yagaretés que hace un rato no le importaron demasiado ahora han vuelto a su memoria. Ya casi cree ver sus ojos que asoman aquí y allá entre la neblina. ¡Y hasta en el suelo! Entonces sonrío, porque se da cuenta de que no son ojos sino las flores del jacarandá.

Pero el miedo sigue y la pequeña taruca no sabe si dar unos pasos o quedarse inmóvil como un árbol, dejar que las nubes también la mojen y esperar que se vayan para salir en busca de su grupo.

De pronto un golpe de aire la cruza, como un puñal, delante de los ojos. ¿¡Un zarpazo!?! Su corazón se arruga y se moja de miedo, le golpetea apenas arriba de la pata izquierda, que le ha comenzado a temblar como si quisiera dar pequeños pasitos, pero sin moverse de donde está. En un segundo piensa más que en todo un día: ¿debe correr? ¿Podrá correr? ¿Hacia dónde? ¿Podrá ella ser más



veloz que un yaguareté?
¿Y su madre? ¿Y su grupo?

Entonces se da cuenta de que un surucuá aurora, pájaro hermoso, está posado en una rama del jacarandá y que ha sido él quien pasó volando cerca de ella y la

asustó. La pequeña taruca lo mira y cree que el surucuá se burla de ella. Entonces baja la cabeza, avergonzada. Pero, bueno, el miedo es un derecho de todos. ¿Por qué no iba a tenerlo?

Aún más, la niebla no se ha ido y su intranquilidad, con ella, también permanece. Aunque hacia un costado cree adivinar dónde está el sol. Y sí, de pronto, una senda de claridad aparece entre la niebla: es como un camino que le dice “por aquí, pequeña taruca”. Ve los pastos mojados, algunos arbustos, allá a lo lejos una cuesta y las montañas. Es allí desde donde vino.

Entonces la pequeña taruca apura el paso, trota como si la empujaran o como si tuviera toda la fuerza del mundo. El corazón le late tan fuerte, igual que hace un rato cuando tenía miedo (todavía tiene un poco, a decir

verdad), pero ya ha visto a alguien de su grupo y hacia allí se encamina.

De pronto su madre alza la cabeza y la mira. La pequeña taruca se detiene, baja la mirada, mordisquea un pasto; disimula. A lo mejor su madre no se ha dado cuenta de que estuvo perdida. Su aventura ha terminado, una aventura que no se propuso pero que resultó así, de una distracción y un extravío.

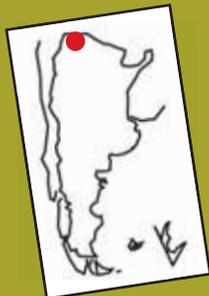
Tal vez las nubes también aparecieron sobre Calilegua porque se distrajeron y extraviaron, y ahora han vuelto a vagar por el cielo despejado. La pequeña taruca las mira, no está enojada con ellas y con un cabeceo las saluda como si fueran sus amigas.



LA TARUCA, EL VENADO AMENAZADO



EL PARQUE



El Parque Nacional Calilegua provee un importante servicio ambiental al regular el aporte de agua que luego es aprovechada por las comunidades cercanas.

DATOS ÚTILES

Creación: 19 de julio de 1979, por decreto 1.733.

Ubicación: al sudeste de la provincia de Jujuy.

Superficie: 76.306 ha.

Clima: subtropical serrano con estación seca.

¿Qué protege?: un sector de selva de yungas que retiene y libera lentamente agua, recurso vital para las poblaciones y cultivos de caña de azúcar de las inmediaciones del parque.

Origen del nombre: según los guaraníes, deriva de ka-arireua ("posesión de la selva", "dueño del espacio"). También aluden al cacique Calilegua, que se arrojó desde el cerro Amarillo para no rendirse al invasor español.

Localidades cercanas: Libertador Gral. San Martín (9 Km)
Calilegua (11 Km)

La taruca es un ciervo que sobrevive en pequeños grupos aislados, debido principalmente a la modificación de los ambientes naturales.

Ocupa las estepas o pastizales serranos o andinos que se hallan entre los 1800 y los 3500 metros de altura, del noroeste de nuestro país.

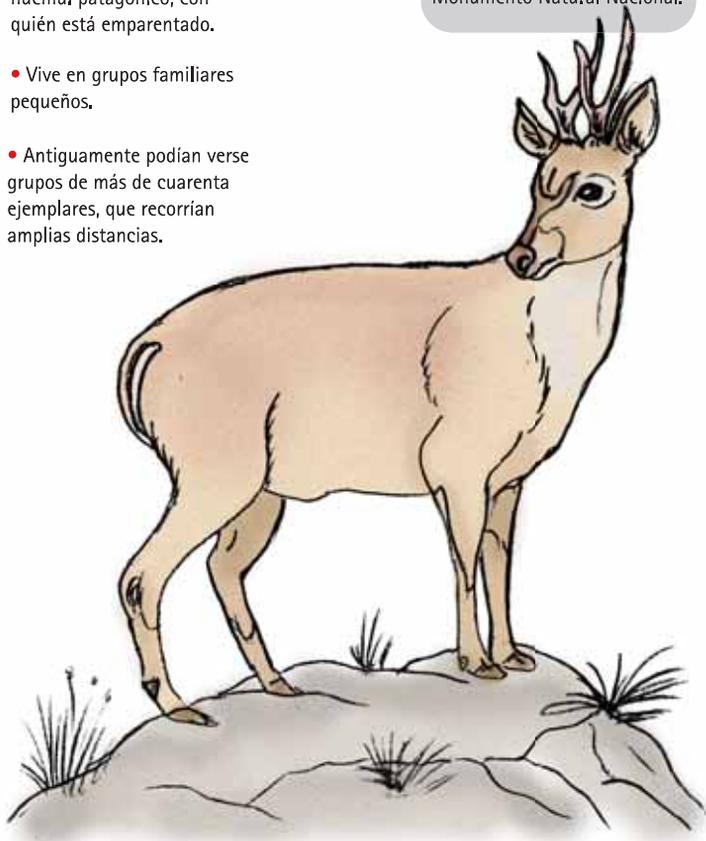
- Localmente se le llama venado, y también se le conoce como huemul del norte por su parecido con el huemul patagónico, con quien está emparentado.

- Vive en grupos familiares pequeños.

- Antiguamente podían verse grupos de más de cuarenta ejemplares, que recorrían amplias distancias.

La caza, pero sobre todo, la modificación de los ambientes que eran su hábitat, llevó a la especie a vivir en pocos lugares aislados entre sí.

No se sabe cuántos ejemplares sobreviven. Para darle la mayor protección posible, se la declaró Monumento Natural Nacional.



Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

